

sion al periódico que le reproduce; y esto que con la prensa pasa, sucede tambien con todo lo demas en que las autoridades tienen que mezclarse.

La razon es clara; careciendo los prefectos de instrucciones particulares y uniformes, tienen que obrar en ciertos casos de acuerdo con sus propias conciencias, y es bien sabido que si algo hay heterogéneo es la conciencia humana; no debe, por consiguiente, permitirse que ella decida en casos graves y debe dársele un guia para que la dirija; de lo contrario podria decirse que los derechos y los deberes de cada ciudadano son diversos en los diferentes puntos del Imperio, y bien comprendida esta verdad, la poblacion liberal de algunos departamentos no tendria otro recurso que emigrar á otro donde sus ideas fuesen respetadas, de lo que resultaria inmenso perjuicio á las familias y extraordinaria confusion en los negocios; cosas que pueden evitarse si el gobierno dá las disposiciones que indicamos para que sea uniforme en todos los departamentos su política y para que en todos se reconozcan conforme al Estatuto los derechos de todos los ciudadanos, y se les exija, de acuerdo con esa ley fundamental, el cumplimiento de sus deberes.

LXXXVII.

El porvenir de México.

(Mayo de 1866. Publicado en el "Pensamiento" de Veracruz.)

Cuando hemos tratado de investigar las causas por las que nuestra patria no ha llegado aun á ocupar entre las naciones civilizadas el alto puesto á que está destinada; cuando nos hemos preguntado por qué contando con tantos elementos de riqueza no marcha á la vanguardia de todos los países en el progreso incesante de las artes, de la industria, de las ciencias y de todas las empresas materiales que hacen trabajar y desarrollan tanto el espíritu humano haciendo á las naciones grandes y poderosas, no hemos podido menos de lamentar nuestras disensiones domésticas, la impericia de nuestros gobiernos, nuestra mala estrella, en fin, que á punto ya de realizarse nuestros mas ardientes votos, vino á estorbar los adelantos de la patria y á interrumpir su prosperidad naciente.

México, sin la intervencion extranjerá, habria llegado muy pronto á constituirse; de la paz, cuya conquista estaba tan adelantada cuando tocaron en nuestros puertos las escuadras invasoras, habrian

surgido incesantemente grandiosas y magnificas empresas, que ocupando todos los brazos que hasta entonces no habian tenido otra tarea que el esterminio de hermanos, habrian hecho renacer la seguridad y la confianza públicas, y con ellas la prosperidad y la dicha de la nacion entera.

Concluida la guerra en la vecina república, una inmigracion de algunos millones de hombres activos y trabajadores habria venido á poblar nuestros inmensos desiertos; y lo que esto importaria para el engrandecimiento de México puede imaginarse, considerando solo lo que S. Francisco de California ha llegado á ser en tan poco tiempo, merced á la infatigable actividad del elemento norteamericano.

Una nacion industriosa y trabajadora, regida por instituciones democráticas y contando con los recursos inagotables de su fecundo suelo, de sus ricas entrañas, de su extension inmensa, habria llegado á ser la reina del continente americano y una potencia formidable á la que no insultarian tan fácilmente las orgullosas potencias de ultramar.

Ese porvenir que soñabamos para nuestra patria y que se habria realizado ya, no ha desaparecido aun por completo; está solamente interrumpido por las circunstancias tristísimas que atravesamos, y algun día, acaso no muy lejano, le veremos produciendo sus inmensos bienes sobre México.

Cuando el Imperio fué establecido por las armas extranjeras, todos creyeron que para consolidarse

dictaria leyes liberales, abriria de par en par las puertas á la inmigracion europea y americana, concederia grandes franquicias al comercio, y llevando por único guia las necesidades del país, por único objeto su propia popularidad y el bien de la nacion, lograria al fin sacar á la patria del estado desastroso en que vino á ponerla la guerra extranjera, y encaminarla hácia su engrandecimiento moral y material.

No ha sido así, por desgracia; las buenas intenciones que sin duda se abrigaban, fueron neutralizadas por la incapacidad de los hombres que rodearon de luego á luego al poder naciente y se hicieron cargo de la situacion. Hoy, las raras empresas acometidas con infatigable celo y de las que bienes incalculables habrian resultado al gobierno que las protegia y á la nacion que las alentaba, se encuentran suspendidas por falta de numerario; la inmigracion ha sido una quimera, porque á pesar de haberse gastado en el sostenimiento de una oficina y de agentes para estimularla y atraerla, los raras colonos que se han aventurado han regresado á su país mas miserables que ántes, sin haber encontrado un centro de reunion y con el desaliento en el alma, enfermedad la mas contagiosa que pueda haber; por consiguiente, merced á tan triste ejemplo, nadie hay que se atreva á trasladarse aquí con su familia y sus intereses, pocos ó muchos, para acabar en la inaccion y en la miseria.

Y no se diga que el Imperio ha carecido de los

fondos necesarios para atender á todas estas necesidades; jamas se han pagado al Erario contribuciones tantas y tan fuertes como ahora; el gobierno francés le proporciona ademas fondos á cada momento y estos no deberian distraerse para nada de las atenciones principales y mas urgentes, de cuyo cumplimiento depende, no solo la conservacion del actual gobierno, sino tambien el logro de las esperanzas que sobre el bienestar de México habian hecho concebir á algunos los adictos al Imperio.

El mal causado con el derroche y la incapacidad es muy grave, pero por fortuna no es irremediable todavia; una buena administracion de los fondos públicos; concesiones y garantías de todas clases á los ciudadanos, ó mejor dicho, reconocimiento completo y esplícito de todos sus derechos, con la imposicion de gravísimas y severas penas á la autoridad despótica ó ignorante que se atreviera á conculcarlos; nombramiento de agentes activos y de inteligencia para lograr una inmigracion abundante é industriosa; proteccion decidida á las grandes empresas materiales y á las industrias que tratan de establecerse nuevamente; economía estricta de la sangre mexicana; concesion amplia de franquicias al comercio; observancia de las medidas liberales que otras veces hemos iniciado; acatamiento á la opinion pública; tales son los remedios que en nuestro concepto deben aplicarse á los males de que hoy adolecemos.

La enfermedad es grave y la curacion no es de un momento; però nos atrevemos á asegurar que se conseguirá al fin, y que el porvenir de México será entónces el que hemos vislumbrado. Bien sabemos que la mision de los periodistas es generalmente, y por buenas que sean las intenciones que abriguen, predicar en desierto; y que nuestras indicaciones se perderán en el olvido y en la indiferencia, como tantas otras que debian haberse atendido por los que mandan; però haciéndolas, nos quedará al ménos la satisfaccion de haber propuesto las medidas que nos parecian mejores para el bien público, desprendiéndonos de nuestros sentimientos de partidarios, para anticipar cuanto á nuestras fuerzas es dable el porvenir dichoso que ha de lucir al fin un dia sobre nuestra desgraciada patria.

tendría otro medio de hacer olvidar su origen, que emanciparse completamente de las influencias que sobre él puedan ejercer sus protectores, y estudiando la opinión pública cuidadosamente hacerle concesiones y reconocer en ella el poder supremo á que deben sujetarse todos los gobiernos.

Abundando en estas ideas no podemos menos de desear con ansia la retirada de las tropas francesas, y lejos de abrigar los temores que otros, respecto del desquiciamiento social, creemos que la anarquía tendrá, con la desaparición del elemento intervencionista, un motivo menos de ser. Lamentamos, por otra parte, que el espíritu de partido ciego de una manera tan extraordinaria á escritores verdaderamente dignos, para que resuelta ya la partida de las tropas francesas, desoigan la voz del patriotismo y mendiguen aún la prolongación de la intervención del extranjero en los negocios del país.

Mientras menor sea el tiempo que deban permanecer en México las tropas francesas, mas se abreviará la humillación de la patria, y mas pronto recobrará su nacionalidad y absoluta independencia; cualquiera insinuación hecha, cualquiera deseo manifestado, por un mexicano, en sentido contrario, no pueden calificarse de otra manera que de antipatrióticos, y se diría que los que lamentan la desocupación del país cuando los mismos invasores la creen necesaria, están mas ansiosos de servidumbre, que estos celosos de una opresión mas larga.

Piensan servir así á sus miras particulares, ase-

LXXXVIII.

Las reflexiones de la Sociedad.

(Mayo de 1866. Publicado en el "Criterio"
de Veracruz.)

Nuestro artículo intitulado "Evacuación de México" ha sugerido á la *Sociedad* algunas reflexiones que nos creemos obligados á contestar, tanto por que la manera de argumentar de nuestro colega de México, medida, aunque no desapasionada del todo, nos agrada, presentándonos un adversario leal y digno de que se le concedan los honores del combate, cuanto porque parece dar á nuestras ideas un sentido imperialista de que están absolutamente ajenas y que tenemos precisión de rectificar para no desmentir el juicio que respecto de nuestra buena fé ha formado y emitido el mismo colega.

Inútil nos parece decir que siendo liberales de corazón y habiendo nacido en la República somos, como la mayor parte de nuestros hermanos en ideas, republicanos é independientes ántes que todo. La intervención extranjera en nuestro país nos sirve de un peso enorme en el alma y constituye, á nuestro modo de ver, una vergüenza y una humillación para la patria. El gobierno creado á su sombra no

gurar la existencia del Imperio, reforzarle en la opinion pública y afianzar para siempre sus instituciones, y no reflexionan que pintando á los ojos de los extranjeros á México como una nacion en descomposicion social, donde el gobierno no se sostiene sino por la presencia del ejército extranjero, desacreditan á su propio partido, al que hacen aparecer demasiado débil para sostener las instituciones por que tanto suspiraba, se desmienten á sí mismos que han afirmado la popularidad y la aceptacion general de ese gobierno, y creyendo asegurarle un apoyo, le hacen vacilar por su base y le orillan á su caida representándole como impuesto por el extranjero y no aceptado por la nacion, la que no espera mas que verse libre de aquel para sacudir el yugo que ha hecho pesar sobre ella.

El mejor apoyo que un gobierno tiene, lo repetimos, es la opinion pública; que el Imperio sepa halagarla y conducirla, y la partida de las tropas extranjeras no le producirá el menor sacudimiento. Creemos que esto lo conseguirá convocando una representacion nacional, en la que, como es natural, habrá hombres de todos los partidos políticos que durante mas de medio siglo se han estado disputando en nuestro país la direccion de la cosa pública, y que representarán la opinion general. Los periódicos, que son sus órganos, no deben estar sujetos al capricho, á la incapacidad, á la mala fé, ó á los resentimientos é intereses personales de uno solo,

que puede reducirlos al mas completo silencio cuando mejor le plazca, sino que deben disfrutar de una libertad amplia y absoluta; todos los principios y todas las conquistas del progreso y de la civilizacion deben respetarse por un gobierno cualquiera que desee cimentarse con el apoyo del pueblo y sin necesidad de auxilio extraño.

La *Sociedad* incurre en una equivocacion grave asegurando que el Imperio ha usado ya de los medios que proponemos, y que no le han surtido efecto alguno. Ciertas medidas tuyas tienen visos de liberales, pero, aisladas como son, no forman el dogma liberal, y en su mayor parte no son observadas por los encargados de respetarlas. Que el partido de la libertad caminara de exigencia en exigencia hasta pedir el restablecimiento del Sr. Juarez en el poder, si se continuara haciéndole concesiones, no lo extrañaríamos; pero si la nacion toda se adhiriera á esas exigencias, esto indicaria claramente que la opinion era favorable al presidente constitucional y adversa al Imperio; y suponer semejante cosa cuadra mal en los que, como los Sres. redactores de la *Sociedad*, han defendido siempre la popularidad de éste y la aquiescencia de toda la nacion para ser regida por sus instituciones.

Los temores que abriga nuestro colega respecto de la actitud que los Estados Unidos tomen cuando se retiren las tropas francesas, nos parecen infundados tambien. Los Estados Unidos son una

potencia bastante fuerte, para vacilar en llevar á cabo sus miras por la presencia del ejército francés, y ántes bien la desocupacion del país les quitaria todo pretexto de intervencion en nuestros asuntos.

Para concluir, diremos que aplaudiendo la evacuacion de México, hemos creído cumplir con un deber de patriotismo, y hemos cedido á un irresistible sentimiento de nacionalidad; que proponiendo medidas liberales al gobierno, no abrigamos en lo mas mínimo la idea que supone en nuestros correligionarios (esceptuándonos, sin embargo, honrosamente) la *Sociedad*; sino que pareciéndonos ellas las que mas se adaptan á las necesidades del país, quisiéramos verlas establecidas por cualquiera gobierno que fuese, con tal de que contara con el sufragio universal, aún cuando tuviéramos que sacrificar en aras de la tranquilidad y del bienestar de nuestra patria, nuestros resentimientos y nuestras simpatías particulares; y por último, que lejos de compartir los temores de nuestro colega de México y desear, como él, la permanencia de las tropas francesas en el territorio, nos parece que de su partida deben resultar ventajas á todos, y que todo el que abrigue un corazón patriota y mexicano, no puede ménos de anhelar con ansia el momento en que la patria recobre con esa retirada su libertad de accion y su completa independencia.

LXXXIX.

Rehenes.

(Mayo de 1866. Publicado en el "Criterio" de Veracruz.)

La *Estafeta* consagra uno de sus *Courriers* á lamentar los últimos sucesos de Hermosillo, y altamente indignada por los fusilamientos de súbditos franceses habidos en aquella poblacion, pide, para evitar que se repitan, que el gobierno imperial se haga de rehenes cuyas personas y cuyas propiedades puedan responder de los atentados cometidos contra la vida y los bienes de los mexicanos fieles y de los extranjeros.

La medida propuesta por el periódico frances no puede ser ménos equitativa, y ella sola bastaria, en nuestro concepto, para despopularizar á un gobierno que se precia de ilustrado, y que recurriendo á semejantes y tan extremos medios, se enagenaria todas las simpatías que ha conquistado. El espíritu de partido no ciega á tal punto que dejen de comprenderse las injusticias y los malos resultados que pueden traer con el tiempo á los que las aplauden y proponen.

Mexicanos pacíficos, sin mas crimen que el de no ser adictos á las instituciones imperiales, pero absteniéndose de hacerles la guerra, pagarian lo que hicieran los que combaten con las armas en la mano y que no hacen á su vez mas que ejercer represalias contra sus enemigos.

Muy eficaz parecerá á la *Estafeta* la medida que propone al gobierno, pero es, sin duda, porque ha dejado que la voz de sus resentimientos y el gemitido que arranca á su corazon de frances el derramamiento de la sangre de sus compatriotas, se eleve sobre la voz de su conciencia, de la probidad y de la justicia.

Comprendemos perfectamente el sentimiento que la ha impulsado á proponer que se haga todavía mas de lo que condena en sus adversarios; pero estamos seguros de que cuando ese sentimiento se calme, y la moderacion le permita ver las cosas en su verdadero punto de vista, no se le ocultará que el medio de tomar rehenes es ademas de injusto, impracticable.

En efecto, ¿quiénes serán las personas que el gobierno imperial elija para víctimas expiatorias de lo que los partidarios de la república ó acaso bandadas aisladas de malhechores hagan en las poblaciones que caigan en sus manos? ¿Las familias de éstos? ¿Los que están marcados como contrarios á las actuales instituciones, y entre ellos los que posean mas bienes, puesto que, segun el sistema de guerra de la *Estafeta*, tienen que responder con

ellos de las haciendas caidas en poder de los que combaten al Imperio?

Pero las familias de los que pelean por los principios republicanos son ya, sin necesidad de que el Imperio fije sus ojos sobre ellas para hacerlas responsables de los actos de sus gefes, bastante desventuradas con estar separadas de sus padres, de sus esposos y de sus hijos, temiendo á cada momento que una bala los prive de la vida en el combate, ó que hechos prisioneros sean fusilados sin conmiseracion, sin que les valga no haber tomado parte en pillaje alguno, sin que los haga dignos de la misericordia de sus enemigos la manera caballerosa y humana con que los han tratado cuando por los azares de la guerra fueron dueños de las vidas de los que van á quitarles á ellos las suyas.

Pero los que profesan doctrinas liberales y principios republicanos, y viven en las ciudades sujetas al Imperio sin mezclarse en los asuntos políticos para nada, confian en que las garantías que el Estatuto ha reconocido en los ciudadanos no son un lazo para atraerlos; en que las ideas serán respetadas; en que ellos no son responsables de otra cosa que de sus propias acciones; y tal vez cuando están lamentando, mas que nadie, las manchas de sangre que cubren el manto de la patria, serán arrancados á sus hogares, arrastrados á una prision, despojados de sus bienes y acaso de su vida, porque un hombre á quien no conocen, que blasona de profesar principios liberales, entra á una po-

blacion, la saquea y fusila allí á los que son sus enemigos!

¿Cuál es la justicia en que se fundaria un atentado semejante? ¿Aprobaria la *Estafeta* que los liberales, en desagravio de la sangre de Romero, de Arteaga, del malogrado y apreciablesimo jóven, amigo nuestro muy querido, Manuel Aburto, y de tantos otros que han caido bajo las balas de la intervencion, fusilaran sin mas forma de proceso á franceses y conservadores pacíficos que viven tranquilos en las poblaciones no sujetas al imperio?

Creemos que no, y no vacilamos en asegurarlo. Que reflexione, pues, el colega frances en lo horrible de semejante sistema aplicado por sus adversarios políticos, y en los gritos de rabia y de animadversion que proceder tan injusto y tan feroz le arrancarían, y comprenderá que lo que pide ahora no debe exigírsele á un gobierno como el de Maximiliano, en quien tantas cualidades reconoce, pues digno es solo de los émulos de Neron y de Calígula, que por fortuna han desaparecido ya casi por completo del mundo en el siglo XIX.

Si Lozada estuviera al frente del gobierno, la peticion de la *Estafeta* seria acogida sin duda con benignidad y con agrado, y puesta en práctica inmediatamente. Los calabozos de las prisiones estarían atestados de liberales, mil familias sumergidas en la desolacion y en la miseria, y el sensible y justiciero redactor de la *Estafeta* podria ir todas las mañanas á la plazuela de Mixcalco á solazarse

viendo derramar á torrentes la sangre mexicana, lo que no dudamos que le abriria inmensamente el apetito y aumentaria esa verba y ese ingenio especiales de que está dotado para confeccionar sus *Courriers*.

Pero el Imperio no se ha degradado aun á semejante extremo; comprende perfectamente que por mas que sus mal aconsejados amigos hagan para inducirle á una política de sangre y de exterminio, está en su interes tanto como en sus sentimientos humanos, economizar la sangre y las injusticias; no hacer recaer sobre cabezas inocentes el castigo en que incurren los criminales, y mucho ménos hacer pagar á los que profesan ciertas ideas políticas los errores y las ejecuciones que en la embriaguez de la victoria y guiados por la sed de la venganza cometen y ordenan los gefes disidentes, muertos sin remision cuando son vencidos, y jueces no muy severos cuando vencedores.

El sistema de *Rehenes* propuesto por la *Estafeta* debe parecerle al gobierno imperial lo que á todos los hombres honrados y que una fibra de sensibilidad tienen en su corazon, lo mas injusto y de mas feroz barbarie que pueda proponerse; y no haria mal en desconfiar de amigos semejantes que desoyendo la voz de la razon para no escuchar mas que la de la venganza, le aconsejan medidas que le atraerian el ódio universal, llenándole del mas grande desprestigio.